el enfermo, que se hallaba rodeado de su mujer y de sus hijos.

Juana exclamó:

—Hé aquí el médico de quien os hablaba. Señor Raoul, os presento al doctor Giraud. Señor Máximo, el conde de Gordes.

Los dos hombres cambiaron un respetuoso saludo.

El médico, al ver á Raoul, experimentó esa profunda angustia que producen los presentimientos.

Durante algunos segundos cesó de latir su corazon. Adivinó que el conde iba á ser el afortunado rival que le arrebataria con el tiempo el cariño de la preciosa criatura á quien él amaba en silencio y sin esperanza.

Resuelto á no luchar, inclinó la cabeza.

XLIII

Raoul, despues de haber dirigido al enfermo algunas palabras de consuelo, estrechó la mano de Juana, saludó al doctor y salió de la cabaña acompañado de uno de los niños, que entró en seguida con un papel doblado, diciendo:

—¡Papá!.... ¡mira lo que te regala ese caballero!.....

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

El herido desdobló el papel, le examinó con ojos extraviados, le dió mil vueltas entre sus temblorosos dedos y acabó por preguntar:

—¿Qué es esto?

—Amigo mio—respondió Máximo,—es un billete de Banco.... un billete de quinientos francos.

Al escuchar esta inesperada revelacion, la mujer y los niños parecian volverse locos de alegría.

El carpintero cruzó sus manos sobre el pecho y murmuró:

—Dios bendiga al alma caritativa que se compadece de nosotros. Ya no sufro tanto, porque hasta el dia en que pueda volver á trabajar, mis hijos no carecerán de lo necesario. ¡Ah! señorita Juana, á vos debemos todo esto, puesto que á ese caritativo caballero vos le habeis traido aquí.

—Esta es la primera vez en la vida que envidio á los ricos—dijo Máximo para sí,—porque es la primera vez que comprendo lo dichosos que son.

Al siguiente dia, en el momento en que el señor de Gordes llegaba á Hojas-Verdes, Juana le salió al encuentro, y apretándole la mano le dijo á media voz:

—Señor Raoul, gracias por lo que habeis he-

cho ayer. Os lo agradezco en el alma. Veo que teneis corazon.

Y sin esperar la respuesta del conde, desapareció en el interior de las habitaciones.

Cuando entró el jóven en el salon, demostraba tal alborozo en su semblante, que Renée hubo de preguntarse:

—¿Qué tiene? ¿Será mi presencia la que le causa tan grata impresion?

—Bien pronto se convenció de que era por completo extraña á las sensaciones de Raoul. Este volvió á tomar el aire reservado y ceremonioso de la víspera, y su actitud, algo forzada, no varió durante la comida ni en todo el resto de la tarde.

La presencia de Juana tampoco influyó para desterrar de su rostro la seriedad.

Y es natural. Colocado entre las dos mujeres, su posicion era difícil.

Por escaso interés que nos inspire Renée, debemos compadecerla: sufria mucho.

El edificio que con tantas dificultades habia construido, principiaba á desmoronarse. Ella lo comprendia así, y en vano trataba de descubrir la causa.

¿Por qué habia cambiado tanto Raoul?

¿Quién era la rival desconocida en cuyas aras el conde de Gordes la sacrificaba?

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

La ira reconcentrada de Renée, tuvo ocasion de desarrollarse dias despues.

Raoul invitó á comer en su quinta al marqués y á su esposa, al señor de Leroux y á sus dos hijas, Juana y Renée.

Esta última, en presencia de la suntuosidad del castillo de Gordes, sintió que vacilaba su razon, dominada por la envidia.

—¡Todo esto debia ser para mí!—pensaba,—y se me vá de las manos. No he sabido guardar lo que habia conquistado.

Eva, cuando se vió arrojada del paraíso, debió experimentar una sensacion parecida.

Trascurrieron dos ó tres semanas.

Raoul iba con frecuencia á casa del señor de Leroux, y Renée no podia comprender esta asiduidad tan poco en armonía con la marcada indiferencia del jóven.

Sus visitas no eran mas que un pretexto.

Rara era la vez que no encontraba á Juana en la puerta de alguna de las chozas á donde su caridad la conducia, y allí hablaba con ella, y allí gozaba de su presencia sin que Renée se enterase.

Al oir sobre las piedras de la calle las pisadas del caballo de Raoul, la niña, que iba siendo ya mujer, no se daba cuenta de que su corazon latía con mas violencia, y de que un vivo carmin coloreaba sus mejillas.